

Tardes con Margueritte

**Marie-Sabine
Roger**



Duomo/nefelibata



Tardes con Margueritte

Marie-Sabine Roger

Duomo ediciones
Colección Nefelibata
Título original: La tête en friche
Traducción de Sofia Tros de Ilarduya
216 páginas 18 Euros
Distribución 11 de Mayo

“He decidido adoptar a Margueritte. Pronto celebrará su octogésimo cumpleaños, más me vale no esperar demasiado, los ancianos tienen tendencia a morir.”

Así comienza Germain Chazes su historia. Germain vive en una caravana en el jardín de su madre a la que no tiene mucho cariño. Ella nunca le demostró amor: “Tengo madre, no hay alternativa. Sencillamente mi madre y yo, al margen de haber estado unidos el uno al otro durante nueve meses, no hemos compartido demasiado, excepto lo malo.”

Germain tiene cuarenta y cinco años, es alto, corpulento “ciento diez kilos de músculo sin un gramo de grasa; un metro noventa y nueve de altura”. Tuvo una infancia y adolescencia difíciles. La vida nunca le ha sonreído, pero no se queja, simplemente lo constata. No lo pasó bien en la escuela que abandonó temprano. Es casi analfabeto. Su vida se limita a jugar a las cartas con sus amigos en el bar, tallar piezas de madera con su navaja, ocuparse de su huerto, contar palomas en el parque, algún que otro trabajo eventual de poca cualificación y visitas esporádicas a su novia Annette.

Esa era su vida, su vida antes de conocer en el parque a Margueritte, una anciana octogenaria, pequeña y frágil. Poco a poco Margueritte le va introduciendo en la cultura, en el mundo de los libros. Primero le leerá en alto algunos párrafos de *La peste*, de Albert Camus, seguirá *La promesa del Alba* de Romain Gary; más tarde le regalará un diccionario y le ayudará a buscar las palabras escribiéndoselas en un papelito y le contará la vida de los indios del Amazonas a través de la novela de Luis Sepúlveda *Un viejo que leía novelas de amor*. Poco a poco, con mucho esfuerzo Germain va aprendiendo, cogiéndole el gusto a saber, preguntándose y reflexionando sobre el mundo que le rodea, conociendo el sentido de las palabras. A medida que va aprendiendo, comprendiendo las palabras, su relación con los demás, con su novia, sus amigos y su visión del mundo va cambiando, progresando, y su carácter, antes cerrado, egoísta y desconfiado se tornará más humano y abierto a demostraciones de afecto.

Germain cuenta todo este proceso en primera persona. Lo narra de manera sencilla, clara, con un estilo directo. Poco a poco va desgranando su vida solitaria, dura, en el que las muestras de cariño son escasas, sin padre, con una madre que aprovecha cualquier cosa para insultarle, un profesor que le hizo pasar un infierno. Lo hace sin queja, contándolo sin un atisbo de autocompasión y con mucho sentido del humor. Él se ha hecho a sí mismo.

Una historia sobre la lectura, los libros, y la importancia de la amistad. *Tardes con Margueritte* muestra como el acceso a la cultura puede cambiar la vida de las personas. Es una historia inolvidable.



Marie-Sabine Roger nació en 1957 en Burdeos. Durante diez años trabajó en educación infantil y en la actualidad se dedica exclusivamente a la escritura con más de 50 títulos publicados a sus espaldas de literatura infantil, juvenil y de adultos.

La prensa ha dicho...

«La sorpresa *Marie-Sabine Roger*... ha superado las diez mil copias prácticamente sin reseñas, ha provocado una subasta en Frankfurt y será adaptado para las pantallas.»
- *Le Figaro Littéraire*

«Desbordante de frescura, sentido del humor, ternura y profundidad destilada en delicados y pequeños toques, un verdadero tesoro, un libro que deja marcas de amor en lo más hondo del corazón. Rarísimo.»
- *Focus*

«Doscientas páginas de optimismo.»
- *Télérama*

«Una joya por descubrir entre la avalancha de productos comerciales banales.»
- *Service Littéraire*

Tardes de con Margueritte

«He decidido adoptar a Margueritte. Pronto celebrará su octogésimo sexto cumpleaños, más me vale no esperar demasiado, los ancianos tienen tendencia a morirse. »

«Las palabras son cajas que sirven para ordenar los pensamientos con el fin de presentarlos mejor a los otros y dejarlos claros. Por ejemplo, los días que tienes ganas de darte de puñetazos contra todo lo que se mueve, puedes limitarte a poner mala cara. »

«Hay paquetes preciosos que contienen pobres mierdas, y paquetes mal preparados con auténticos tesoros dentro. ¿Os dais cuenta de por qué desconfío de las palabras?»

«Antes era casi analfabeto -«Que no sabe leer ni escribir. Véase: ignorante»-, y no me avergüenzo de ello. La lectura es adquirida. No hace falta ir en su busca: cuando eres pequeño, te mandan al colegio para cebarte como a las ocas. »

«Margueritte dice que cultivarse es intentar subir a lo alto de la montaña. A día de hoy, entiendo mejor lo que eso significa. Cuando estás en el llano, crees que lo ves y lo sabes todo del mundo: la pradera, la alfalfa y las bostas de vaca (el ejemplo es mío). Una buena mañana, coges la mochila y empiezas el ascenso. Cuanto más te alejas, más mengua lo que dejas atrás: las vacas se vuelven tan pequeñas como conejos, como hormigas, como cagarrutas de mosca. En cambio, el paisaje que descubres al subir parece cada vez mayor. Creías que el mundo se terminaba en la colina de enfrente, ¡pues no! Detrás de ésta hay otra, y otra, y, un poco más arriba, aún otra. Y luego todo está lleno de colinas. El llano en donde vivías tan tranquilo sólo era un llano igual que muchos otros, ni siquiera el más grande. ¡De hecho era el agujero del culo del mundo! »

«Margueritte empezó a leer con una vocecilla tranquila. Y luego, no sé si se dejó llevar por la historia, pero siguió hablando más alto y cambiaba de tono para diferenciar los personajes. »

«Cuando escuchas lo bien que lo hace, por muy mala voluntad que tengas y aunque no quieras que te interese lo que lee, ya es demasiado tarde. Te ves metiendo en la trampa. Al menos yo, la primera vez, me quedé plasmado. »

«Así Margueritte me leyó Un viejo que leía novelas de amor. Un lunes llegó con aspecto un poco altanero. Sacó un librito del bolso y dándole unos golpecitos me dijo:

-Ésta es la novela de la que le hablé el otro día.

-¿La de los indios de la Amazonía? -le pregunté.

-Sí, entre otras cosas -me respondió.

-Es delgadita -comenté.

Me dijo que no hay que juzgar los libros por eso.

-Como tampoco puede juzgarse a las personas por su estatura -repliqué-. Si uno toca el suelo con los pies, ya es bastante alto, ¿no es verdad?

E inmediatamente me sentí un imbécil, porque a Margueritte le colgaban las dos canillas en el vacío. Para los bancos no tiene talla de adulta. »

Los libros de Germain y Margueritte

La peste – Albert Camus

«¿Cómo sugerir, por ejemplo, una ciudad sin palomas, sin árboles y sin jardines, donde no puede haber aleteos ni susurros de hojas, un lugar neutro, en una palabra?».

«La mañana del 16 de abril, el doctor Bernard Rieux, al salir de su habitación, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera. En el primer momento no hizo más que apartar hacia un lado el animal y bajar sin preocuparse. Pero cuando llegó a la calle, se le ocurrió la idea de que aquella rata...»

«Fue en ese momento más o menos cuando nuestros conciudadanos empezaron a inquietarse. Pues a partir del 18, las fábricas y los almacenes desbordaban, en efecto, de centenares de cadáveres de ratas. En algunos casos fue necesario ultimar a los animales cuya agonía...»

«Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes para venir a tambalearse a la luz, girar sobre sí mismas y morir...»

Un viejo que leía novelas de amor – Luis Sepúlveda

«El cielo era una inflada panza de burro colgando amenazante a escasos palmos de las cabezas.»

«A veces, un paciente lanzaba un alarido que espantaba a los pájaros, y alejaba las pinzas de un manotazo llevando la mano libre hasta la empuñadura del machete.»

«Compórtate como un hombre, cojudo. Ya sé que duele y te he dicho de quién es la culpa. ¡Qué me vienes a mí con bravatas! Siéntate tranquilo y demuestra que tienes bien puestos los huevos.»

La promesa del alba – Romain Gary

«Ya no hay pozos, sólo espejismos...»

«¡Uno siempre vuelve para aullar como un perro abandonado sobre la tumba de su madre!»

«No es bueno ser amado de esa manera, tan joven, tan pronto. Te acostumbras mal. Crees que lo has alcanzado. Crees que el amor existe en todas partes y puede encontrarse de nuevo. Cuentas con ello. Miras, confías, aguardas. Con el amor de una madre, la vida te hace una promesa al alba que jamás cumple... Luego te ves obligado a esperar hasta el fin de tus días.»

«Nunca jamás, nunca jamás, nunca jamás. Unos brazos adorables te rodean el cuello y unos labios muy dulces te hablan de amor, sin embargo, tú ya estás al tanto. Pasaste muy temprano por la fuente y lo bebiste todo. Cuando de nuevo sientes sed, por más que te lances a todos lados.»

Las palabras de Germain

«Que no se puede borrar o quitar. “Véase: **imborrable**”.»

«Que padece locura no continua, sino por intervalos. “Véase: **maniático**”.»

«Que no sabe leer ni escribir. “Véase: **ignorante**”.»

«Creo que eso fue lo que más me intrigó –“Véase: **Inspirar viva curiosidad una cosa**”– de Margueritte.»

«Agradar, quizá no era la palabra adecuada, pero, en principio, era una perspectiva –“Véase: **expectativa, contingencia**”– que no tenía por qué tocarme las pelotas.»

«Por eso, el día que me regaló el libro, realmente me gustó el detalle, aunque me diese vergüenza, porque, en mi fuero interno –“Véase: en la **consciencia, en el interior de uno mismo**”– me decía que no lo leería, era demasiado largo y complicadísimo.»

«Pero ese libro, ¿cómo explicarlo?... Nunca lo leería entero. Porque prefiero la versión – “Véase: **interpretación**”– de Margueritte.»

«Por ejemplo, los sentimientos con frecuencia son irracionales –“Véase: disparatado, **insensato**, irrazonable”.»

«Estalló en sollozos y se fue corriendo a la parte de atrás. Me quedé patidifuso –“Véase: desconcertado”–, con los ojos como platos.»

«Me quiere, y ya es un buen punto para ella, porque yo no soy muy dado a levantar pasiones. Y, además, no pretende que sea recíproco. –“Véase: **mutuo**”–. A nosotros no nos preocupa nada la reciprocidad.»

«Volví a pensar en la palabra “inculto” –Que no tiene cultivo ni labor. “Véase: **barbecho**”–, se me vino a la cabeza un día, mientras hablaba con Margueritte.»

«Y no lo digo únicamente por el gilipollas del señor Bayle, que no sabía en qué lunas sembrar, si puedo expresarme en sentido figurado: “Véase: **simbólico**”.»

«Pero ni siquiera Julien, que tiene el bachiller, ni Marco, que habla cinco idiomas –por su origen, el italiano; por sus padrastros ilegítimos, el serbio, el rumano; y, desde hará unos diez años, el español–, ni siquiera ellos fanfarronean con un libro bajo el brazo. Así que yo, con mi cabeza en barbecho: “Véase: **inculto**”...»

«En cuanto surge un curro ingrato –“Véase: **difícil**, penoso”–, que nadie quiere hacer, me toca a mí, está establecido.»

«A veces, mientras me leía, me paraba en una palabra que no conocía, le hacía una señal “prestigio, exorbitante, lánguido...” y ella me la explicaba o me la escribía en un cuadernito que había comprado sólo para eso, nos acostumbramos a hacerlo así, y, por la noche, al regresar a casa, la buscaba. Exorbitante –“Véase: caro, exagerado, **inasequible**”.»

«Me di cuenta de que si le pasaba algo grave, un accidente de tráfico, por ejemplo, nadie me avisaría porque no tenía legitimidad. –“Véase: **lícito, justo**”–, no me enteraría, ella moriría en un rincón y yo no volvería a verla.»

«La peste me pareció bien, porque me recordaba la peripecia –“Véase: acontecimiento **imprevisto**”– de mi vecino, al que le comió la cabeza su perro –por más que hagamos, guardamos los recuerdos de infancia–.»

«También aprendí que, en realidad, la Amazonía es un país de mierda. Lluve a cántaros, está llena de barro, de cieno y de escorpiones, nada que ver con la idea que yo me había hecho, una auténtica desilusión –“Véase: **decepción, desencanto**”.»

«Una niña que se dormía cuando los barcos se acercaban por el océano. Y cuando se dormía, la aldea desaparecía bajo la olas –“Véase: onda, **oleaje**”– con ella.»

«Sólo apareció mi abuela soltando palabras intempestivas –“Véase: fuera de lugar, inoportuno, **inconveniente**”– sobre el ataúd.»